



Recuento de senderos que se bifurcan y vuelven siempre a Córdoba¹

Elsie Rockwell

Es difícil para mí, para todos nosotros, celebrar este honor, justo en esta semana de duelo por el sensible fallecimiento del Decano, Juan Pablo Abratte, a quien más debiera agradecer, y de quien seguramente hubiera recibido aprendizajes importantes en este encuentro. Reciban mis más sentidas condolencias, y retomemos sus compromisos colectivamente.

Por muchas razones me honra recibir un Doctorado Honoris Causa en Córdoba, una de las varias Córdobas atravesadas por senderos que se bifurcan.

Me llegan recuerdos de mi infancia, de la Córdoba de Veracruz, en mi propia nación, México, nombrada así por los andaluces conquistadores por situarse en un llano tropical al pie de la cordillera. Ciudad a la que llegábamos en familia, después de horas de viaje en auto y una aterradora bajada por las empinadas curvas de las Cumbres de Maltrata, a pasar vacaciones en un bello balneario, Fortín de las Flores, lugar de cálidos aires, jardines de decenas de senderos, árboles en flor, plantas silvestres y olor a café.

Me saltan recuerdos también de mi primer viaje a España, ya como estudiante, de mi visita a la Córdoba legendaria en las periferias del mundo árabe, la que dio su nombre a esta villa en los confines de las tierras conquistadas de América. Su gran Mezquita medieval bien podría ser metáfora de un jardín de senderos que se bifurcan. Descubrí que, durante un periodo medieval “pacífico”, convivieron ahí pueblos con distintas lenguas y creencias –cristianas, judías, musulmanas y bereberes– y juntos tradujeron y conservaron en varias variantes de lenguas y escrituras el cúmulo de textos antiguos rescatados del

¹ *Nota del Director:* Este texto fue leído por la autora en la ceremonia de entrega del Doctorado Honoris Causa, en el Salón de Actos de la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional de Córdoba, la cual se realizó el 10 de octubre de 2019 en el marco de las XI Jornadas de Investigación Educativa, Área Educación, CIFFyH.

pasado, que vendrían a ser núcleo de la formación humanística europea, y de mi propia formación universitaria centrada en historias clásicas y medievales y de su traslado conflictivo a estas tierras ya habitadas por pueblos con historia. Esa ciudad abrió senderos hacia algunas convergencias y divergencias intelectuales en las que me he enredado toda la vida.

Pero es esta Córdoba argentina, la “Docta”, la que más me ha orientado. Me honra y me conmueve de manera especial recibir esta distinción justamente de la Universidad Nacional de Córdoba. Es significativo para mí, porque justo a esta universidad debo una gran parte de mi formación como educadora y como investigadora.

Inicié mi trabajo académico en un pequeño equipo, anexo al Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (IPN). El grupo, encabezado por el Dr. Gutiérrez-Vázquez, fue encargado en 1972 de elaborar libros para la enseñanza de las ciencias naturales. Ese investigador destacado no me contrató por mis conocimientos de historia medieval, sino por mi trabajo previo en proyectos con maestros indígenas en México. Eso fue a finales del año 1973, y poco después el equipo se convertiría en el Departamento de Investigación Educativa (DIE). A los tres nuevos y jóvenes profesores reclutados nos dio dos tareas: empezar a observar lo que ocurría con los nuevos libros de texto en las aulas primarias y lanzar una maestría en investigación educativa. Grecia Gálvez, entrañable colega chilena formada en la tradición de la psicología soviética, y yo nos lanzamos a la escuela más cercana a iniciar sin mayor guía lo que sería la tradición etnográfica en el DIE. Y juntas, con Olac Fuentes, filósofo de formación con una habilidad de demostrar la creciente desigualdad generada por el sistema educativo, armamos la maestría.

Pronto me di cuenta de que el pertenecer a una periferia académica nos daba una gran ventaja: no estábamos encasillados en ninguna disciplina, en ninguna corriente, y mirábamos por igual hacia el mundo anglófono (desde Liverpool hasta Australia), como hacia la Europa continental con sus grandes teóricos (como Bourdieu y Foucault), y sobre todo hacia las traducciones al español de autores como Vygotsky, Voloshinov y Gramsci, traducciones que por cierto se hicieron a la lengua española antes que al inglés.

Para 1979, empezaron a llegar académicos argentinos comprometidos, huyendo de las dictaduras, y entonces empezábamos también a mirar hacia el Sur. Abrevamos en las teorías y discusiones que emergían de esas latitudes. Las publicaciones que nos llegaban eran fundamentales, y entre ellas, las de *Pasado y Presente*, esa escisión del pensamiento de izquierda eurocéntrico que se gestó justo en esta ciudad. Yo cursaba un doctorado en Antropología en la UNAM, que, como todos los posgrados de ese tiempo, incluía entre las materias, además de *El Capital*, teorías de la dependencia, la descampesinización, la hegemonía y la subalternidad, pero también aprendí de cursos y textos de profesores del Cono Sur. No aprendí etnografía en esos cursos, pero por supuesto me dieron armas duraderas, si bien mi veta de historiadora me advertía que todo cambiaría, no necesariamente siguiendo el trazo de línea progresiva ascendente previsto por teorías europeas clásicas, sino más bien en forma imprevisible, a lo largo de senderos diversos, entrecruzados, que parecían

repetirse hacia el infinito como la rueda del tiempo, pero que finalmente nos sitúan en un presente que siempre requiere repensarlo todo.

Fue en esos años que llegaron dos cordobeses al DIE, a integrarse al equipo de investigadores: primero Justa Ezpeleta y luego Eduardo Remedi. Llegaron muchos más, a otras instituciones, Alfredo Furlán, Susana García, Diolidia Martínez, Liliana Vanella, Dardo Alzogaray. Sus enseñanzas rebasaban todo lo que la academia mexicana y del “Norte” nos había inculcado. Por supuesto también influyeron en el campo educativo los que llegaron de la ciudad capital de Argentina. Esa época del exilio trastornó, en buen sentido, la vida académica en México: Rolando García y Emilia Ferreiro (quien también se integró al DIE); Adriana Puiggrós, Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ipola y muchos más. Nos abrieron paso por senderos nuevos hacia los nuestros, como Mariátegui, Martí y muchos más.

Para algunos en el DIE, investigadores y hacedores de lo educativo, el centro del Sur fue Córdoba, Argentina. Justa Ezpeleta, mi maestra en estos saberes, me regaló un libro que me volteó la mirada al mundo: *Marx y América Latina* de José Aricó. Juntas nos avocamos, con un equipo excelente de cinco estudiantes de maestría, a construir, con trabajo de campo, y convencidas del valor de la escuela pública, los cimientos teóricos para dar cuenta de la *construcción social de la escuela*, y del aporte de los llamados subalternos, a contrapelo a la dominante teoría del Aparato Ideológico del Estado. Esa veta la seguimos ambas durante décadas, cada una optando por senderos diferentes.

Durante los años ochenta, sin los medios cibernéticos de hoy día, circulaban textos de norte a sur, de sur a norte, textos en papel cargados por quienes viajaban, muchos de ellos inéditos, otros en libros que sólo se conseguían en el país de origen. Textos que tejían entendimientos comunes, que resonaban con realidades distantes pero compartidas, que cada vez se reconocían como partes de la misma trama, si bien con muchos matices.

En 1984, hice mi primer viaje a Argentina, invitada por un proyecto gestado por la investigadora chilena Beatriz Avalos, con impulso del International Development Research Centre (IDRC) de Canadá. Talleres de etnografía para investigadores de cinco países, quienes luego formaron la red Rincure, con una pequeña publicación que tuvo mayor impacto que las revistas prestigiosas de hoy día. Ese sendero me abrió otras amistades duraderas, primero con Graciela Batallán y Elena Achilli, luego con muchos más.

En 1985, viajé con Justa, primero a una reunión en Sao Paulo, y luego a Córdoba, su tierra. Llegar a Córdoba en ese año fue impactante. Nos tocó escuchar los relatos de quienes se habían quedado en Argentina durante la represión dictatorial con las experiencias de sufrimiento y el quebranto de la vida cotidiana y académica, pero también por las historias de resistencia frente a esa opresión. Mientras Justa recorría con sus amistades los horrores vividos durante el último quinquenio, yo me asombraba de la fuerte red de solidaridad que se había construido a la par. Conocí a esa mujer emblemática, María Saleme de Burnichon, cuyo nombre distingue al actual Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de esta universidad. Su vitalidad fue innegable; sus relatos de la vida durante esos años confirmaban el horror de la opresión, pero también la fuerza de la acción colectiva

comunitaria. Comprendí lo que significaba construir sociedad civil como conjunto de relaciones sociales y mantener en movimiento una resistencia cotidiana tejida para sobrevivir y para formar las generaciones venideras. Intuí la amplitud de un proceso educativo que rebasaba la estrechez de las aulas.

Fueron invaluableles esas lecciones para mirar la vida cotidiana en las escuelas de otra manera. Empecé a escribir textos bajo esa influencia en los años 80, muchos circulaban de mano en mano como manuscritos policopiados. Tengo una gratitud especial a Graciela Batallán, por la insistencia y ayuda para capturar y publicar esos textos, finalmente, en 2009, en el libro *La Experiencia Etnográfica*. Años después, con otra generación seguíamos intercambiando con colegas, con Elisa Cragnolino y Mónica Maldonado en Córdoba, así como varios de la Capital. Agradezco también a Nicolás Arata, por la publicación de *Vivir entre escuelas* como antología digital de CLACSO.

Quienes llegaban de Córdoba a México como profesores y estudiantes durante los siguientes años nos hacían mirar de otra manera al país que habitábamos. Desde destacar el barroco y colorido panorama de villas y ciudades (las escuelas pintadas de colores brillantes les sorprendían), hasta cuestionarnos la naturalidad con la que aceptábamos el entorno político post 68 que nos tocó vivir: un gobierno priista con la capacidad enorme de posicionarse como tercermundista, entre otras cosas, por haber dado asilo a quienes en ese momento huían del Cono Sur, como antes a los Republicanos españoles. Nos cuestionaban cómo era posible tanta “estabilidad” del partido oficial, con su discurso aún impregnado por el mito de la revolución mexicana. Sabíamos que ese régimen también ocultaba un trabajo sucio que se realizaba por debajo, con la desaparición y opresión sistemática y violenta de movimientos campesinos y obreros, historias que ya se habían empezado a documentar y a comprender. Debatíamos sobre cómo los gobiernos lograban apropiarse de los sectores progresistas del país, por un lado, y por otro, eliminar aquellos movimientos que en efecto ponían en riesgo la lógica del poder, y cuya desaparición, dado un racismo negado pero compartido, podía pasar desapercibida. Los debates fueron cambiando con el tiempo, con el caos generado por los últimos años dominados por el neoliberalismo. Actualmente mi país, como tantos otros, es el centro de los procesos extractivistas y esclavizantes que renuevan la gobernanza imperial del Norte sobre el Sur, si así se quiere ver la orientación de la Tierra.

Pero en aquellos años, los compañeros argentinos nos retaban. Ante un país en el cual “el Estado”, así con mayúscula, parecía englobar todo, resolver toda la vida, nos preguntaban por la aparente inexistencia de una “sociedad civil”. Yo no había captado el sentido profundo de ese concepto antes del encuentro con el pensamiento cordobés, particularmente con el de los lectores de Gramsci. No había sopesado la gravedad de esa aparente ausencia, en una época, los 80, en que se comenzaba a abrir el espacio a la incorporación oficial de la izquierda al aparato de gobierno mexicano.

El forjar las redes de la sociedad civil, o tal vez diría ahora sociedades civiles, es una tarea laberíntica que pasa por muchísimos senderos. El alza de esperanza en ciertos años, los movimientos indígenas y magisteriales, entre otros; en 1994 el movimiento zapatista, y

en 2018, el morenista, desembocaron luego en desesperanzas y nuevas búsquedas. Ello ya lo habían advertido los compañeros cordobeses. Regresamos a las reflexiones gestadas en los años 80. La transición mexicana al bipartidismo y a la “democracia” electoral fue otro desengaño, y la violencia que se desató a partir del año 2000 en México supera la que se conoció en el Cono Sur. Nuevas alianzas narco-empresariales-estatales se reparten las ganancias y el territorio con alegre desenfado; hay mano de obra de sobra disponible para pagar ejércitos de sicarios a sueldos mínimos, reclutar jóvenes que no ven futuro en la escuela o el trabajo, y saben bien que el camino de la violencia termina en una muerte temprana.

Pero vuelvo al campo de la educación. Entre colegas profesores y estudiantes que van y vienen entre México y Argentina, particularmente Córdoba, se han sostenido durante décadas redes solidarias. En este terreno, quiero recordar al querido Eduardo Remedi, pedagogo de corazón, con quien mantenía yo un diálogo a veces indirecto, a menudo vía el intercambio de textos autógrafos o ediciones. Él daba a leer a los estudiantes a Dewey y a Durkheim, y yo, ya empapada en la producción sureña, le cuestionaba por qué esas fuentes del Norte imperial. Sólo en años recientes he retornado a estos autores, y he comprendido por qué fueron necesarios en aquel entonces para la defensa de la democracia y de una educación con sentido. Fue Remedi quien me regaló por primera vez y me insistió en leer a de Certeau, *La invención de lo cotidiano*, lectura fundamental en mi pensamiento y en mi viraje hacia la Francia, país donde he encontrado a colegas tan queridas como Anne-Marie Chartier, con quien comparto tanto que ya no sabemos en qué no coincidimos. Remedi me regaló, entre otros, el libro *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundati Roy, autora hindú cuya posición política es hoy uno de los faros posibles para ubicarnos en estos tiempos oscuros.

Un buen año parece que, en 1998, en agosto, el Flaco Remedi trajo a seis cordobeses, todos brillantes, y les pintó al DIE como un posgrado de lujo. Adela Coria hizo el doctorado con él, pero a los demás los distribuyó entre profesores del DIE para que cursaran la maestría. Algunos becados, otros autobecados, algunos sabiendo qué querían y otros sólo confiando en Eduardo. El caso es que a mí me tocó un joven tímido, que al principio parecía a punto de tomar el siguiente vuelo de retorno a su tierra, pero que por fin se quedó. Corrió con suerte, pues el planteamiento de estudiar lo que escribían los estudiantes preparatorianos en su tiempo libre se convirtió, con el estallido de una huelga en la UNAM, en un estudio de los usos de la escritura en un movimiento estudiantil, una excelente tesis que fue premiada, así como también reconocida por los propios actores como una representación justa de su realidad, prueba máxima de un estudio etnográfico. Ese estudiante era Octavio Falconi, ahora Doctor por FLACSO, estudioso de la didáctica real y la vida estudiantil en el Nivel Secundario y Coordinador del Área Educación del Centro de Investigación de la Facultad de Filosofía y Humanidades de esta universidad.

En los ya casi 20 años de este nuevo siglo, los intercambios entre investigadores y estudiantes de Investigaciones Educativas del Cinvestav y los de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba han sido constantes. Cada año van a México o vienen a Córdoba, siguiendo cada uno su propio camino, aunque suelen entrecruzarse

de mil maneras, a lo largo de generaciones. Se entablaron amistades entrañables, se gestaron nuevos proyectos y redes, se apropiaron mutuamente ideas novedosas; en suma, se han construido, conjuntamente, nuevos conocimientos. El “jardín de los senderos que se bifurcan” no tiene límites, no tiene un centro fijo; dirían hoy día algunos que es rizomático; incluye a colegas de toda la Argentina, del Brasil y algunos franceses, quienes a su vez trazan senderos hacia Brasil, Chile, Perú, Nueva York, París, y muchos otros países. Siguen multiplicándose las redes, las lecturas y relecturas, tan urgentes ahora como lo fueron en los años 80. Y es que sólo así se produce la ciencia y la conciencia, sólo así se construye y reconstruye el conocimiento, sobre el firme cimiento de un conjunto de relaciones sociales vivas, entre diversas tradiciones y lenguas, de la misma manera en que ocurrió en la Córdoba medieval.

Este Doctorado Honoris Causa es un reconocimiento de esas diversas historias, más que a mi propia trayectoria. Es un reconocimiento a la fuerza que tienen los procesos colectivos de construcción del saber, en resistencia y a contrapelo, en el seno de esa esencia humana es que crea el conocimiento a partir de las artes del ser y del hacer y se socializa de generación en generación, sin pasar por el mercado, pues no se puede comprar ni vender. Ese es el espacio de esperanza que da la educación.